

MEDITACION

DE LA

HORA SANTA,

EJERCICIO ESPIRITUAL

PRACTICADO POR

La B. Margarita María Alacoque,

Y que actualmente se practica por
las monjas de la Visitación del Convento de Angers.
Traducida del francés

Por M. D. T. A.

Con licencia de la autoridad eclesiástica

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

LEON—1889.

Tip. Jesús Rivera e Hijos

ANGELES 269.

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria
VALVERDE Y TELLEZ

X2159

H7

4

037

038671

3X2159
.H7
A4

001037



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



1080016234

A4



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

150880

MEDITACION

—DE LA—

HORA SANTA

No hay tal vez momento en que el corazón de Jesús haya sufrido más como en la hora de su agonía en el jardín de los Olivos. Su dolor fué entonces tan violento, que por un prodigio inaudito le causó un sudor de sangre y le arrancó estas palabras: *Mi alma está triste hasta la muerte.* (1)

Este tierno Salvador desea que las almas consagradas á su divino corazón se asocien por sus

(1) Los santos padres dan muchas razones de este sudor de sangre. Dicen que fué para mostrarnos la inmensidad de su dolor y de su amor aun más grande, lo cual N. S. J. C. quiso probarnos con este sudor extraordinario, porque lo mismo que la violencia de la presión hace salir el jugo del racimo; la fuerza del dolor y el poder del amor, hicieron salir del cuerpo de Jesús un sudor de sangre abundante. Según S. Agustín N. S. quiso significar por la sangre que salió de todo su cuerpo, que del cuerpo de la iglesia saldrían todos los sufrimientos de los mártires. Según el venerable Beda, Dios habiendo maldecido la tierra y condenado al hombre á regarla con el sudor de su rostro, Jesús para purificarla y quitarle la maldición, la riega con un sudor de Sangre que el amor exprime.

001037

oraciones y por su amor á su dolorosa agonía. Parece decirnos como en otro tiempo á sus discipulos *¿No podeis velar una hora conmigo?* Ah! respondamos á su llamamiento y no podrá rehusarnos esas gracias poderosas que tocan, penetran y convierten.

I.

Comenzad por representaros á N. S. J. C. dejando el cenáculo en donde acaba de instituir el Sacramento de su amor, y dirigiéndose hacia el jardín solitario donde va á sufrir todos los dolores de su pasión en su divino corazón. Figuraos que por un favor especial; este buen Señor os escogió para haceros testigo de su agonía y asociaros á su santa oración. . . .

Qué favor ho Jesús mio! Vos me llamaís para ser testigo de vuestra agonía y del amor infinito de vuestro corazón hacia los pecadores! Os sigo con prontitud ó buen Señor, quiero velar y orar con vos durante esta hora. Pero vos conoceis mi debilidad, sostenedme ó Jesús, porque, ay de mí sin vuestra ayuda seré más débil de lo que fueron vuestros Apóstoles: permaneceré insensible á vuestro dolor y á vuestro amor.

Oh Dios eterno, infinitamente santo, vengo á prosternarme en unión de vuestro divino Hijo ante vuestra suprema Majestad, y á abatirme en presencia de vuestra infinita Grandeza. Vengo á ofrecer os su agonía y los dolores de su corazón, para satisfacer á vuestra justicia, para reparar mis pe-

cados y los de todos los hombres. Escuchad mis votos Padre infinitamente bueno, aceptad mis homenajes, ó más bien, poned los ojos en el corazón de vuestro divino Hijo durante mi oración. Así sea.

II.

Considerad á vuestro divino Salvador prosternado con la faz en tierra gimiendo bajo el peso de todas las iniquidades del mundo. Se ha cargado de ellas voluntariamente; se ofrece para expiarlas, y sin embargo experimenta tan vivo horror, que parece doblegado y como abatido por la behemencia del dolor y de la humillación. . . .

Adorad profundamente esta augusta y santa victima pedidle os participe de su horror al pecado y penetre vuestra alma de un vivo y amargo dolor de haberlo tantas veces cometido. . . .

Recitad algunos actos de contrición con un dolor profundo. . . .

Seguid luego vuestra consideración. En qué abandono se encuentra nuestro Señor! Un horrible silencio le rodea por todas partes. . . . Sus Apóstoles están dormidos. . . . Está solo en presencia de su Padre. . . . Pero ese Padre infinitamente santo no considera ya á su divino Hijo como el objeto de sus eternas complacencias; no ve en El sino la victima sobre la cual debe descargar todo el odio que tiene al pecado. . . .

Pensad que Jesús os mira con bondad. Arrojaos á sus pies y decid muchas veces con amor:

Oh Jesús! yo también os he abandonado, frecuentemente he afligido vuestro corazón por mis extravíos. Señor mio ya vuelvo á vos, concededme que siempre os guarde fidelidad.

III.

Escuchad ahora la voz del Salvador que exclama en un abandono profundo: *Mi alma está triste hasta la muerte*. . . Doble espada penetra el corazón de Jesús: su amor por su Padre, y su amor por los hombres. Va á reparar el ultraje hecho á su Padre por el pecado, y el pecado será aun cometido, y la santidad de su Padre será aun ultrajada! Sufre por salvar á los hombres, por impedirles caer en los abismos eternos. . . y habrá tantos que despreciarán su amor y se perderán á pesar de su abnegación y ternura! . . . Sucumbe bajo el peso de tan terrible aflicción. . . entra en agonía y parece próximo á morir de dolor. . . .

Haced aquí una pausa silenciosa. Que vuestro corazón se penetre de los tristes pensamientos que llenan el corazón de Jesús y le reducen á ese deplorable estado. Su sangre inútil para tantas almas que El ama! . . . su Padre siempre ultrajado! . . . Os ve también á vosotros, ve vuestra poca energía en venceros, vuestras infidelidades, vuestras ingratitudes! Puesto que habeis contribuido á la agonía de Jesús decid de todo corazón:

He aquí Salvador mio esta oveja ingrata que ha desconocido vuestra voz, que ha despreciado mil veces las ternuras de vuestro corazón. No llo-

reis ya por mí ó mi amable Pastor! ya vuelvo á vos y vuelvo para siempre. . . Por mi alma habeis consentido en sufrir tanto: quereis poseer esta alma divino Salvador. En vuestra misericordia habeis dicho: *Venid á mi todos los que estais fatigados, y cargados y yo os aliviare*. Ya me rindo á vuestros tiernos llamamientos, he aquí mi alma oh Jesús! hela aquí, es vuestra para siempre. Venid pecadores, venid ovejas ingratas, vosotras que como yo os habeis alejado largo tiempo del buen Pastor, consolemos á Jesús con nuestra vuelta sincera, tomemos parte en sus dolores. . . .

Deteneos un instante en este pensamiento! Animados del deseo de consolar al corazón de Jesús, haced muchos actos de amor diciendo: amo á mi prójimo como á mí mismo. Proponed interiormente tratar de ganar almas y atraer ovejas perdidas.

IV.

Continuad mirando á vuestro buen Salvador entregado por vosotros á angustias más crueles que la muerte. . . . El ora con instancia, con perseverancia, á pesar del tedio, el temor y el extremo dolor que llenan su alma. . . . Prosternaos en espíritu cerca de este Dios Salvador, unios á sus sentimientos y repetid muchas veces con fervor su divina oración, ofreciéndos sin reserva con El, y como El para cumplir la voluntad santa de Dios. . . .

Mi adorable Maestro! vuestro ejemplo me enseña en este momento el medio más seguro de lle-

gar á la santidad. Si, quiero imitaros en vuestra divina resignación, en todas las circunstancias diré como vos á vuestro Padre que es también el mio: *Vuestra voluntad Padre mio, vuestra voluntad y no la mia.*

V.
Jesús vuelve hacia sus discípulos y los encuentra dormidos. Vuelve angustiado al lugar de su oración . . . Vedle de nuevo prosternado y más y más abandonado al dolor. . . . Entonces por un prodigio inaudito todo su cuerpo se cubre de un sudor de sangre, que cae gota á gota sobre la tierra. . . . ¡Qué espectáculo tan propio para inspirar un vivo horror al pecado y un amor ardiente á Dios! Ah! que no pueda mi alma como esta tierra bendita recibir la sangre de Jesús, y ser regada de esa sangre divina. . . . ¡Oh sangre preciosa, sangre adorable! corred sobre mi alma, purificadla para siempre, corred también sobre todos los pecadores! ¡Oh sangre de un Dios, sois nuestra única esperanza! . . .

El Salvador considera entonces con un profundo abatimiento los sufrimientos de su pasión y su divino corazón los siente todos anticipadamente. Oh! cuánto amor le es necesario para aceptarlos!

Se representa desde luego el beso de Judas. . . . Ah! gemid también vosotros amargamente por haber quizá dado el beso perjuro á Jesús con comuniones sacrílegas. . . . al menos habeis aflijido frecuentemente su corazón con comuniones tibias. . . .

Representaos el momento en que os apoximáis á la mesa santa. . . . y repetid tres veces con los más vivos sentimientos de confusión y arrepentimiento: Señor Jesús, mi alma no es digna de recibirlos, mas decid solamente una palabra y será curada. Añadid en unión de los Angeles que rodean á Jesús en el Santo Tabernáculo: Oh buen Pastor, que para permanecer con vuestras queridas ovejas no habeis temido exponeros á los ultrajes y á las profanaciones de los pecadores, bendito y glorificado seais para siempre.

VI.

Este buen Señor se ve presente al tribunal de Pilato y le parece que se ejecuta la sentencia de su flagelación. . . . Su cuerpo tan delicado no es ya sino una llaga. . . . la columna á la cual estaba sujeto, está enrojecida con su sangre y cubierta con los pedazos de su carne.

Qué crueles tratamientos ¡ay de mí!

Jesús quiere expiar nuestra sensualidad, nuestra pereza, nuestra vanidad y sobre todo nuestras faltas contra la más bella de las virtudes! . . . Haced aquí lo que vuestra devoción os inspire, actos de contrición, de reparación, de amor. . . .

VII.

Desde esta gruta en donde está prosternado y tan profundamente abatido, Jesús ve la cruz que deberá llevar hasta la cima del calvario, y sobre la cual morirá victima de la justicia divina y

de su amor por nosotros. ¡Oh que cruz tan dolorosa! ¡Que pesada! Nuestros pecados la hacen tan difícil de mover, que Jesús no podrá llevarla. Tres veces en el camino del calvario caerá como abatido bajo ese fardo. . . . y sin embargo él tomará esta cruz y la abrazará de nuevo con santo ardor. . . . Ah! comprendamos ese misterio de amor. Jesús abrazará la cruz porque la cruz será para nosotros el tesoro de las gracias, porque en la cruz estará nuestra curación, nuestra fuerza, nuestra salud. . . . Bendigamos mil veces á ese Dios que nos ha amado con tanto exceso, prometámosle no rehusar ya los bienes preciosos que nos ofrece, cuando se digna darnos alguna parte en su cruz. . . . Decid muchas veces con un profundo respeto y tierno reconocimiento: *Adorámote Jesús mio y bendecímoste, que por tu santa cruz redimiste al mundo.* Añadid con amor y valor: Oh, Jesús, quiero llevar la cruz con vos todos los días de mi vida.

VIII.

Jesús contempla en fin esa última hora que él llamaba su hora. . . . Ve ahí esa hora de la muerte; pero en toda su amargura. . . . Se le despojará de sus vestidos; le clavarán los pies y las manos. . . . Se ve levantado sobre la cruz, suspendido de sus llagas. . . . ultrajado, abandonado de todos. . . . Escuchad sus últimas palabras y mirándole con amor decid del fondo de vuestro corazón: Oh Jesús el mejor de los señores, el más tierno de los

padres, mi corazón siente un profundo dolor pensando en los crueles sufrimientos que habeis tenido en la cruz. Nunca, sí, nunca habrá ya cosa alguna que pueda separarme de vos. Habeis querido derramar hasta la última gota de vuestra sangre para expiar mis innumerables pecados, vuestra bondad toca y penetra mi alma. Oh Jesús! quiero ser vuestro para siempre.

Repetid muchas veces esta oración: después añadid cinco veces en memoria de las cinco llagas del Salvador:

Jesús, amor mio, os amaré siempre en la vida y en la muerte!

IX.

Recordemos que Jesús repasando los sufrimientos de su pasión en el Jardín de los Olivos, los siente todos á la vez en su corazón y su suplicio es redoblado por este pensamiento abrumador, por este pensamiento cruel. Y Dios será aún ultrajado y los hombres se precipitarán aún en los abismos eternos. . . . Oh! qué amargo es este cáliz presentado á nuestro divino Redentor! Su humanidad santa está aterrorizada y de nuevo se escapa de sus labios divinos ese grito de profunda aflicción: *Padre mio, si es posible haced que este cáliz se aleje de mí.*

En este terrible momento un Angel baja hacia Jesús y lo levanta con respeto. Figuraos que este Angel presentandoos al Señor le dice: Quisierais dejar perecer eternamente á esta pobre alma?

y que Jesús mirándoos con ternura responde: No, yo moriré más bien por ella.

Toda palabra es impotente para responder á tal exceso de amor. . . . Que vuestro corazón solo hable á Jesús según los sentimientos de reconocimiento que la bondad de ese divino Salvador os inspire.

X.

Y Jesús entrando en agonía, prolongaba su oración. Mientras más sufre este Salvador infinitamente tierno y misericordioso, más redobla sus instancias en la oración. . . .

Oh! qué de gracias han atraído sobre los hombres la humildad, la sumisión el zelo ardiente que dictaron la oración de este Dios Salvador! . . .

Pedid aquí con confianza todo lo que reclaman vuestras necesidades, las de vuestros hermanos, las de los pecadores sobre todo, y de toda la Iglesia.

Recitad con esta intención cinco veces el Padre nuestro y Ave María.

XI.

Jesús se levanta, deja el lugar sangriento de su agonía de su martirio de amor, y con un valor todo divino sale al encuentro de sus crueles enemigos. . . . Seguidle de corazón diciendo con todo el amor y toda la energía de que seáis capaz.

Mi bien amado Jesús; vais á morir por mí. . . . yo quiero también morir por vuestro amor, ó por lo menos en vuestro amor. . . . Oh Jesús! haced

que haya una completa unión entre vuestro corazón y el mio en la vida y en la muerte!

XII.

Antes de retiraros mirad con pesar las faltas de distracción ó flojedad que se han escapado á vuestra fragilidad tal vez aun á vuestra cobardía. . . . Como conclusión ó última oración decid humildemente:

Me he atrevido á penetrar los misterios del huerto de Getsemaní, misterios tan dolorosos y tan consoladores á la vez. . . . Perdón ó Jesús! perdón. Permitid sin embargo que mi alma vuelva allí frecuentemente por el pensamiento y que recoja siempre más amor, fuerza y valor, que mi oración sea más constante, más confiada, más sumisa mi caridad por los pobres pecadores, más verdadera y más ardiente! Asi sea.

REFLECCION

O vosotros que vacilais frecuentemente en aceptar los sacrificios de la vida cristiana: que el ejemplo de J. C. os llene de confusión y os dé una lección saludable. . . . Venid y ved. . . . medid si podeis la profundidad de su cáliz de amargura y el mérito de su inefable abandono en el huerto de los Olivos. . . .

Os atrevéis desde luego á rehusar decir con él: *Padre mio! . . . mi alma está triste hasta la muerte; pero que vuestra voluntad se haga y no la mia!*

00